

A. S. B. / 87.

1-147

1

Un pensador desconocido.

(“Vista Nueva”, Madrid, 30 octubre 1898)

Un pensador desconocido



En esta infeliz España, en que la no contenida audacia de ciertas gentes, ha llegado hasta llamar *eminente filósofo* á un mero expositor de la rancia escolástica tomista, y aun ésta embolada, pasa casi inadvertido un espíritu sólido y culto que expone á maravilla, con precisión y exactitud pétreas, las más recientes doctrinas de la filosofía novísima, las enseñanzas recién salidas del horno.

Pocas existencias más meritorias y útiles que las de nuestros pensadores. Pásase los días enteros en engullirse cuanto se publica acerca de los más trascendentales problemas modernos—han de ser modernos; los eternos le interesan poco y los tiene por irresolubles—para luego reducir su ingesta á sobrios extractos y á nutridos contones. Así se desocupa.

Nos da del pensamiento contemporáneo lo sólido, lo serio, lo objetivo, lo verdaderamente científico—¡excelente abono!—despojándolo de todas las nebulosidades, medias tintas, exquisiteces y nimbos meramente objetivos en que le pueda venir envuelto.

Su estilo, que algún frívolo calificará de indeglutible, es severamente didáctico, sin garrulerías que no hacen más que extraviar al lector, sin coeficiente personal, casi algébrica. Siempre que puedo procede por A, B, C., a, b, c... 1.º, 2.º, 3.º etc.

No se crea que se vaya tras del señuelo de la última novedad, en busca de la más reciente teoría, no. «Hasta que una teoría no haya entrado en el organismo total de la ciencia, no puede llevarse á la enseñanza con fruto»; hó aquí una de sus profundísimas máximas, y máxima que, á la vez, revela la sólida originalidad de su espíritu.

«Hasta dentro de dos ó tres siglos no se podrá formar juicio acabado respecto al nuestro, porque el conjunto de un vasto edificio sólo á distancia se abarca por entero, sin que los árboles impidan ver el bosque, según reza el dicho alemán», ha escrito con maravillosa intuitividad en una de sus obras, y ésta su profunda máxima debemos aplicársela á él mismo. Hasta dentro



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

de algunos años no se formará en España acabado juicio del valer de nuestro hombre y de su eficacia en nuestra cultura.

En sanidad de sentido, en parsimonia de criterio, en serenidad de juicio, pocos le aventajan. Nada de extravagancias ni de ingenosidades, ni de aventuradas hipótesis, ni de salidas de tono; ¡siempre sólido! Y no sólo huye de caer en extravagancias, sino que las detesta en lo demás, no siendo la del modernismo, porque á fuer de hombre, por antonomasia, moderno, se cree obligado á condescender con la modernisteria, «laudable aspiración á la originalidad», dice con benévola condescendencia.

Realza su natural modestia con una prudentísima desconfianza de su propio criterio, desconfianza que basada en la relatividad de todo conocimiento, le lleva á robustecer sus opiniones con las de las autoridades más comúnmente acatadas hoy. Al tratar de cualquier cuestión expone siempre ante todo los pareceres de los más ilustres tratadistas en la materia; pesa sus razones por el procedimiento de la yuxtaposición y da luego su propia sentencia, que suele reducirse á acos-

tarse á la de A, B ó C, ó á la de X, combinada con la de Y ó Z. ¡Qué noble abnegación científica!

Su condición es vastísima y escogida, y sobre todo moderna. Figurémonos que en un luminoso trabajo acerca de la ley de la oferta y la demanda adujo más de 50 autoridades, todas de peso y modernas todas, para corroborar el principio de que un súbito aumento en la demanda sin otro correlativo en la oferta, hace subir los precios del artículo demandado.

Tan escrupuloso es en efecto, que habiendo de apoyar cierta afirmación sociológica en datos concretos, expuso los que citan los ilustres Zaehletropfen, De Lablaque, Dryasdust, Chiasso, Kameloff y otros eminentes investigadores, y señaló hechos no menos reales ni menos concretos y conducentes á la demostración que pretendía, pero que ocurrieron en su propio pueblo y ante sus propios ojos. Sus enemigos, que nunca faltan al verdadero mérito, dicen que como no ocurrieron en letras de molde no los vió por falta de adecuadas



4.5.2/87



gafas, pero tales maldicientes no reparan en que una cosa son los hechos en bruto, y otra muy distinta los hechos preparados ya para entrar en el laboratorio científico, y que no es el cometido de nuestro pensador el de desbastar materia prima.

Su principal tarea es la de hacer libros de libros, asignándose el oficio de ajustador en el taller de la ciencia, y como está convencido de que sólo merced á una cada vez más acentuada diferenciación del trabajo, podrá progresar la ciencia, que es ante todo integración de conocimientos—según su profundísima doctrina—deja que otros se dediquen á la siembra, la escarda y la siega de datos, experimentos é ideas y se reserva la labor de la trilla para que luego nuevos operarios se distribuyan la limpia y ceruimiento, la molición y la panificación por fin. Y lo que es como trillar, ¡vaya si trilla bien!

Mas lo que ante todo realza á nuestro pensader desconocido es su modestia, una modestia digna de detenido estudio, dado que el hombre suele envanecerse más de lo que sabe que de lo que piensa. Es tal su singular modestia, que por no herirla no quiero entrogar aquí el nombre de quien la atesora á la indiferencia del distraído público español, que no se merece tal pensador. El tiempo, gran descubridor de las cosas—según se complace en repetir nuestro hombre—el tiempo es quien se encargará de hacer justicia al hoy oculto mérito de nuestro pensador desconocido, que es todo un sabio. Y sabios así es lo que nos hace falta en España, es decir: lastre.

MIGUEL DE UNAMUNO.

4.5.2/87



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES